

TEATRO DE SANGRE Y ESCARAMUZAS

Tatiana Lobo

Para justificar los dos aportes que vienen a continuación me veo precisada a recordar que el teatro es un engaño que se monta con la complicidad de uno o más observadores.

Después de esta aclaración, con el lector sentado en una butaca contigua, presenciemos dos expresiones teatrales que hacían reír y llorar a los costarricenses del período colonial.

Procesiones de sangre

Estas procesiones, llamadas también de "flagelantes", estaban a cargo de las diferentes cofradías, quienes rivalizaban entre sí para darles el mayor colorido y dramatismo posi-

ble. He tomado de Thiel (Datos Cronológicos para la Historia Eclesiástica de Costa Rica), la de San Nicolás de Tolentino. Y del Archivo de la Curia Metropolitana (Caja 20 fol. 7-16), la de la cofradía de la Vera Cruz. Esta última era la más aristocrática de todas porque había que probar pureza de sangre para pertenecer a ella. En las fechas señaladas (Semana Santa), salían las procesiones, de noche. Cartago era una ciudad bastante tenebrosa por falta de alumbrado público.

Alrededor de la plaza real, levantan sus muros de calicanto las casas de los hacendados del cacao y miembros del cabildo. En las calles secundarias, hay viviendas de adobe y teja. Y, en las "goteras", las chocitas

de paja y palma de la mulatada y los mestizos. Este es el escenario donde se va a llevar a cabo el drama, con actores dispuestos al máximo realismo. El pueblo llano observa desde la calle. Los señores de capa y espada y las doñas de mantellina y rosarios de perlas, desde sus balcones y ventanas. Un solo sentimiento hermana a todos los espectadores: el miedo a la muerte, al demonio y a las llamas del infierno.

Escortada por antorchas que iluminan las sombras de la ciudad, va la procesión detrás del sacristán quien entona un lúgubre miserere acompañado de una trompeta destemplada. Va también el esquilón tocando su cencerro, encapuchado, vestido con una larga túnica blanca donde

van, pintadas, las cinco llagas de Cristo. A continuación desfilan tres hermanos de la cofradía, igualmente encapuchados, llevando, cada uno, una fuente con un cilicio de hierro, el uno; disciplinas de cardos, el otro; y el tercero una torcaza o una perdiz. En el caso de la cofradía de San Nicolás, este es transportado en andas y rodeado de un profuso cerco de cirios encendidos. En el caso de la Vera Cruz, una cruz y, en los otros casos, el estandarte de la cofradía. Cierran la procesión los frailes de San Francisco y el clero secular. Entre la cabeza y la cola, caminan los flagelantes, cubierto el rostro, con su cinto y su escapulario, descalzos y sin llevar encima ningún otro signo que delate su identidad. Buena la trompeta destemplada acompañando al miserere, restallan los látigos, se manchan de rojo los sayones blancos, pasan los flagelantes... El público, piadoso e impactado por esta cruel expiación de los pecados, se arrodilla... Pero... ¿dónde está el Observador con cuya complicidad se ha montado este teatro y a quien va dirigido el rito? No se ve por ninguna parte, pero sabemos que está en todas partes: se llama Dios. Aquello no era una farsa penitencial. Después de la auténtica azotaina, al terminar la procesión, los penitentes curaban sus heridas con pomadas y ungüentos y bebían una simbólica y mundana copita de reconfortante vino. Expiadas las culpas, serenado dios vengador, ¡a pecar de nuevo!, hasta la próxima procesión.

Escaramuzas

De carácter lúdico, este entretenimiento bélico simulaba batallas entre enemigos. Las que ahora nos ocupan se realizaron en 1725 (L. Fernández, "Documentos para..."), con ocasión del advenimiento del

rey Luis I. El festejo duró doce días y sería poner a prueba la resistencia del lector hacer la crónica completa del parrandón. Si es oportuno rescatar que todo comenzó como se debe, con un milagro: las campanas de Ujarrás tañeron solas al tiempo que el río se salía del cauce produciendo una gran inundación. Temiendo que el doctrinero se hubiera ahogado, el gobernador Diego de la Haya salió hacia allá, encontró al curita sano y salvo y aprovechó la oportunidad para traerse, a Cartago, la imagen de Nuestra Señora de Ujarrás, mucho más hispana y de mejor "sangre" que la criolla y parda Virgen de los Angeles. Quizá a de la Haya le pareció poco adecuada la "morenita" para celebrar a su rey. Después de seis días de pasear el estandarte español para arriba y para abajo, misas, tiros de fusilería, clarines y chirimías, corridas de toros y "abundantes y regadas viandas" pues los vecinos se portaron con "garbos ostentosos", los cartagos llegaron invictos al esperado espectáculo de las escaramuzas.

"entraron a la plaza dos cuadrillas de españoles montados, disfrazados de negros y negras y otras dos (cuadrillas) de indios e indias y las cuatro formaron una escaramuza larga y bien ejecutada".

Siguieron otros días de bebidas, dulces, toros, etc. y luego llegaron a Cartago los indios de Barva, Pacaca y Curridabat, para hacer su escaramuza contra los de Cot, Quircot y Tobosi. Como a los indios no se les ocurrió nada... el gobernador pensó por ellos...:

"les dispuso dos embarcaciones, formadas sobre ruedas, armadas con cañas y forradas de lienzo de algodón, pintadas y artilladas con mosquetes... arboladas con sus jarcias, velas y demás cabos para bejelear (sic), poniendo en cada una a

dos españoles inteligentes y a las demás personas de dichos naturales. Y habiendo entrado en dicha tarde dos cuadrillas de ellos vestidos de indios de la montaña, pintados y emplumados, unos con flechas y otros con lanzas y adargas, corrieron razonablemente su escaramuza y luego aportaron las dos embarcaciones por las dos calles de los costados de la iglesia, con sus velas al viento, la una con gallardete español y la otra de moros..."

Esta guerra naval, interpretada por los indios del Valle Central, fue la más aplaudida de todas. Y así, luego de más bebidas, pólvora, etc., llegamos al duodécimo día en el que:

"se presentó en el patio e la casa del gobernador, la comedia intitulada AFECTOS DE ODIO Y AMOR, anteponiendo, el gobernador, una loa compuesta de la obligación, el afecto y los cuatro elementos..."

Esta loa se extravió y, con ella, un importante dato para la historia del teatro en Costa Rica. Lástima, porque también contenía revelaciones sobre la personalidad de Diego de la Haya: su referencia a los "cuatro elementos" nos remite al lenguaje simbólico de la alquimia. Que Diego de la Haya fue un hombre culto, lo testimonian sus originales "escaramuzas", su desconocida loa y la excelente descripción en prosa poética que hizo de una erupción del volcán Irazú. También fue un tremendo jugador, fanático de los naipes.

Con la puesta en escena de los AFECTOS, terminaron los doce días de festejos en honor al rey Luis I quien, broma histórica, nunca llegó a reinar. Meses antes de estos festejos enfermó de viruelas y después de una escaramuza con la muerte reposó en el Pudridero del Escorial.

